

Ester Bueno Palacios

LA VELADA IMPACIENCIA

Prólogo de Enrique Gracia Trinidad



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n°71—

MADRID • MMXVII

De la obra © : ESTER BUENO PALACIOS

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com
Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Del prólogo © : ENRIQUE GRACIA TRINIDAD

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de la cubierta © Ellerslie

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Primera edición: Mayo 2017
I.S.B.N: 978-84-946862-8-3
Depósito legal: M-13102-2017

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

A mis amigas desde niñas:

Pilar, May, María José, María, Mar, Isabel.

PRÓLOGO

MIENTRAS LEO A ESTER BUENO

Por Enrique Gracia Trinidad

Hay veces que el título de un libro te lleva sin duda alguna a donde quiere llevarte. «**La velada impaciencia**» es un ejemplo rotundo. Podría tratarse de un libro de autoayuda, tan de moda en estos tiempos raros que vivimos, o de uno que recordase aquella pieza de teatro, justamente olvidada, sobre San Francisco Javier —*El divino impaciente*— que escribiera Pemán, o de algún texto sobre virtudes o defectos humanos, pero no, tratándose de un libro de poesía, este título alcanza una exactitud evidente.

La poesía siempre está en el terreno de lo velado, de la realidad cubierta por un velo que permite ver incluso más allá de lo que apenas dice ocultar sin hacerlo en realidad. Y si además unimos el sustantivo impaciencia, la cosa ya es notoria porque pocas palabras definen a la literatura, y en especial, a la poesía como la impaciencia, el anhelo, la ansiedad... No voy a establecer una tesis, considere el lector si es tal y como lo digo o si lo ve de otro modo.

El caso es que entré a leer este libro animado por tan sugerente título y animado por el saber hacer poético que ya conocía de su autora, Ester Bueno.

La experiencia —leer siempre es una experiencia— resultó agradable, instructiva y conmovedora.

He puesto en práctica lo que muchas veces he afirmado: intentar convertirme en cómplice de la poeta, meterme en su piel, hacer míos sus poemas. Ya sabes, amigo lector, que si no se hace eso la poesía pierde su fundamento de comunicación emocional. A cada página, me veía asaltado por una contagiosa emoción, se acumulaban ideas surrealistas que terminaban en pura evidencia, proliferaban algunas relaciones sorprendentes (*Charlatanes forzados. / Belcebú transformado. / Oro. / Plata. / Regazo. / Excelsos. / Maleantes. / Mortales saltimbanquis. / Circos desmemoriados*); se sucedían anáforas con estremecimiento (*Abiertos los pasados de muchos mundos antes, / antes de que yo fuera, / antes de que tú fueses, / antes de que me amaras*); o aquella de *se fugó la inocencia, / la paloma de lodo, / la paloma de tierra, / la paloma de barro*.

Hubo un momento, lo confieso, que noté cierta falta de aire, pero era mía la culpa, había acometido la lectura sin proveerme del silencio y el recogimiento necesarios. Su densidad restaba aire a mis pulmones frente a la pantalla del ordenador. Recapitulé, imprimí el texto en papel y me refugié en mi recoleto jardín para que todo resultase más cómodo y entonces sí, entonces pude respirar estos poemas sin fatiga, como tú podrás hacerlo ahora que lo tienes en papel entre tus manos.

Los versos van acumulando sensaciones, encadenando ritmos, vapuleando la conciencia, provocando inmisericordias; y se agradece, porque la poesía tiene que producir esas sensaciones, si no, sirve de poco.

Comprendí entonces, sin duda alguna, que *una niña es sirena o es pez / pero ella no lo sabe*, que la impaciencia se

puede contener *en pañuelos de lino*, que *el horizonte es amplio para los valientes* y que —como dice ese eneasilabo sensacional y definitivo—: *nadie es inmune a la vida*.

Eso es lo que ocurre cuando nos enfrentamos a un libro de poemas auténtico, que empezamos a comprender, que se abren nuevos horizontes.

Luego, cuando la primera lectura está acabada, esa que se hace dejándose llevar por el gozo y las sensaciones más primarias, es hora de acometer nuevas lecturas más detenidas, más reposadas, más al interior del planeta incógnito que cada poemario encierra.

Lo hago con este de Ester Bueno, leído en este marzo de 2017, y empiezo a comprender que *Es demasiado marzo, demasiado consuelo inesperado*; y empiezo a entender que ya llegará septiembre, o cualquier otro mes y *haremos hipogeos de sándalo y de teca* lugares subterráneos en nuestro propio corazón para enterrar las palabras de este libro y que broten en el siguiente marzo o cuando de nuevo las necesitemos, que será muchas veces. Brotarán junto a los colores de Van Gogh, William Kurelek, Edvard Munch, Séraphine Louis, Aloïse Corbaz, Louis Wain, que cierran este libro en una explosión de luz, de plástica firmeza, de sugerencia surrealista, de conciencia en alto.

Te recomiendo, amable lector, que hagas un poco lo que he hecho yo en esta lectura: dejarme llevar. No lo he hecho por desidia, sino con «velada impaciencia» y porque era necesaria la complicidad de la que ya te he hablado.

Con Ester Bueno es fácil que puedas ir de la mano al territorio más vibrante y más sugerente de la palabra poética. Ya te digo: déjate llevar. En el camino de la emoción nos vemos.

PARTE PRIMERA

Vivimos esperando... impacientes porque pase lo implícito, porque llegue mañana.

*De esperar se trataba, pintaba esperanza.
Y aprendimos a esperar, sin pensar que la
espera pudiera ser tan larga. Esperábamos
dentro de las casas, al calor del brasero, en
nuestros cuartos de atrás, entre juguetes
baratos y libros de texto...*

(Carmen Martín Gaité)

La velada impaciencia

Camino por el valle de las sombras, sin ti,
sin quererlo,
arrasando los patios,
solazándome en bruma,
zozobra de yacija por sí desvincijada,
fideicomiso insólito.

Propagarás ideas fulgurantes
en mi inundado lienzo,
enmascarando la alarma primigenia,
la excitación inusual y nubla,
el mate ábaco.

¿Y quién es mi pastor?
¿Por qué me faltan cobijas sanadoras?
Se conmueve con siseantes notas el cielo disfrazado,
avenido a ser mundo.
Capiteles envueltos en mallas de disculpas
atestiguan ocultos la velada impaciencia.

La velada impaciencia de la espera.
La impaciencia velada por embozos ardientes,
por entrar en el templo del curandero inquieto,
impluvio donde matar lo irrelevante.

No me llesves por caminos rectos
ni me conduzcas por tranquilas aguas.
Centellea por mí, sin encubrirme.
Haz honor a mi nombre, común, estrafalarario.
No temeré el peligro.
Llena mi copa.

Camino – Amantes

La viajada maleta no cuenta nada a nadie
pero espera impaciente.
Locos emocionados la han llenado de lluvia
hecha de esencias lentas, cocidas entre leña.

Una caja amarilla de latón esmaltado
agarrada con mimo en uno y otro extremo
contiene los millones de palabras no dichas,
de palabras azules,
de palabras brillantes perdidas en el cielo,
de palabras perdidas.

Ensenada de frases,
inmensos estuarios de adjetivos y verbos,
de puntos y de comas, de puntos suspensivos,
de interrogantes serios y pueriles comillas.

Rabiosos arrebatos de extensas condiciones.
Larguísimos futuros, perfectos enredados,
imperfectos perdidos, presentes no cubiertos.

Y el sueño se hace carne y la palabra un hecho.
Y la caja de esmalte detonará violenta,
entre bocas pegadas, incapaces de éter.

Y el sueño se hace carne y habita entre nosotros.
Los pasados, futuros, las condiciones graves,
todo se desintegra, ya no existen las comas.
Solo puedo seguir, al dictado seguro
de tu voz al guiarme.

Inocencia

Has reingresado la inocencia
con extorsiones cándidas,
restituido las voces perturbadas
en alboroto virgen,
dignidad prisionera.
Reembolsaste lo hurtado
que enjuiciaban los inmaculados.

El malintencionado se transformó en bandido,
el cautivo en cuatrero.

Has apesadumbrado los retornos,
lo has hecho de tal forma
que no regresaré.
Los canallas abjuraban crédulos.
Leviatán levitaba en un mar de quincalla.
Charlatanes forzados.
Belcebú transformado.
Oro.
Plata.
Regazo.
Excelsos.
Maleantes.
Mortales saltimbanquis.
Circos desmemoriados.

El resentido se transformó en penado.
El rey en buhonero.